



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: De la guerra fría a la guerra sucia

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1991). De la guerra fría a la guerra sucia. *Cuadernos Americanos*, 4(28), 160-171.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 28, (julio-agosto de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DE LA GUERRA FRÍA A LA GUERRA SUCIA

Por *Leopoldo ZEA*
CONSEJO EJECUTIVO DE LA SEC

*En el siglo xx habrá una nación extraor-
dinaria, no se llamará Francia, se llama-
rá Europa, y en el siguiente siglo se lla-
mará Humanidad.*

Víctor Hugo

1. *Fin de la guerra fría*

1989 SE PERFILA como la salida a los problemas que planetariamente se originaron en 1945 al término de la Segunda Guerra mundial. Termina el brutal enfrentamiento entre el Mundo Libre y el totalitarismo de Europa y el militarismo asiático. Terminaba la guerra, pero se ponía en marcha otra guerra a partir de dos razones de estado enfrentadas: una que justificaba toda acción, por violenta que fuera, en nombre de la libertad del individuo; otra, una acción semejante en nombre de la justicia social. Fue una larga guerra, iniciada en 1945 y terminada en 1990, la denominada guerra fría. Por un lado el mundo, que seguía llamándose libre, encabezado por los Estados Unidos, y por el otro el socialista encabezado por la Unión Soviética. Guerra fría distinta, desgastante, diversa de la guerra antigua entre potencias por territorios y mercados. Guerra de amenaza, de paz al borde de la violencia por lo sofisticado de los armamentos con los que ambos mundos contaban: bombas atómicas, de neutrones, rayos laser y otras maravillas que amenazan la destrucción de los hombres.

Guerra en la paz, la paz al borde de la guerra, que se hacía por el control del mundo que se empezó a denominar Tercer Mundo. La guerra Este-Oeste se libraba en la relación Norte-Sur. Pues bien,

esta guerra, la llamada fría, terminará a partir de extraordinarias acciones que asombrarán al mundo, como la democratización de la Europa del Este. Pueblos desarmados, sin más fuerza que la de sus demandas, salieron a las calles. La Europa del Este reclamaba y alcanzaba su independencia de la Unión Soviética. Pero no contra la voluntad de esta potencia, sino como resultado de una política iniciada por el propio líder de esa potencia, Mijail Gorbachov.

El líder soviético, al iniciar su gobierno, replanteó la necesidad de hacer realidad un viejo proyecto ruso: la modernización del país. Modernización que implica, en primer lugar, responsabilizar al pueblo mismo de esta acción, haciéndolo participar, posibilitando la democracia. Pero esto no iba a ser posible si no se ponía fin a la carrera armamentista originada en la guerra fría. Había que salirse de la guerra fría. El modo de vida del mundo socialista no estaba reñido con el modo de vida prometido por el capitalismo, simplemente lo pone al alcance de los más y no sólo de los menos. Estamos en vísperas, dijo Gorbachov, de un mundo lleno de esperanzas, pero también recargado de peligros: "Un mundo lleno de contradicciones, la principal: las relaciones entre dos sistemas que parecen contradictorios". La Revolución de octubre de 1917 en Rusia fue vista como un error que debería ser corregido por el sistema capitalista mediante sanciones y el rechazo de cualquier colaboración. La guerra contra el totalitarismo en Europa obligó a ambos sistemas a colaborar. Pero a esta colaboración ha seguido el "equilibrio del miedo". Por este equilibrio la Unión Soviética ha tenido que pagar con el sacrificio de las libertades de su pueblo y el acceso a un mejor modo de vida. Costo que en el mundo capitalista pagan los pueblos bajo su dependencia.

Éste es, dice Gorbachov, el momento más oportuno de iniciar la retirada práctica del balanceo al borde de la guerra, del equilibrio del miedo para pasar a formas normales más civilizadas, de relaciones entre los dos sistemas". La Unión Soviética inició unilateralmente la retirada de la guerra fría, renunciando con ella al colchón protector que significaban los países de la Europa del Este. Rusia no necesitaba de muros, era también parte de la Casa Común Europea. En 1989, en las fiestas del Bicentenario de la Revolución Francesa, declara Gorbachov que la Revolución en Rusia de 1917 no es sino la continuación y ampliación de la Revolución Francesa de 1789.

Esa decisión no sólo originó la liberación y democratización de la Europa del Este en 1989, sino que permitió al mismo tiempo

la liberación de la Europa Occidental que, como la del Este, también se hallaba bajo cautiverio desde 1945, ocupada por las tropas estadounidenses en supuesta defensa de su seguridad, para impedir la supuesta agresión comunista del Este. La perestroika mostró a Europa que no había enemigo al que combatir y frente al cual participar en la desgastadora carrera armamentista. Los Estados Unidos deberían, también, retirarse con su sofisticado armamento a sus hogares, al otro lado del Atlántico. Gorbachov había dicho: "Partimos del criterio de que la dirección principal de la lucha en las actuales circunstancias está en crear condiciones dignas de vida, materiales y culturales, auténticamente humanas para todos los pueblos, en asegurar la habitabilidad de nuestro planeta y una actitud cuidadosa hacia sus riquezas. Y ante todo hacia la principal riqueza, hacia el hombre y sus posibilidades". Era el fin de la guerra fría.

Una fronda de libertad y democracia se hizo sentir a lo largo de Europa y del resto del mundo. Parecía posible el cumplimiento de viejas promesas hechas antes del término de la Segunda Guerra mundial. Asia, África y América Latina esperaban también su oportunidad para incorporarse a esta marcha en la que el hombre dejaba de ser instrumento de otros por razones de Estado que le subordinaban como hombre. Al finalizar el mismo año 1989, caído el muro de Berlín, símbolo del totalitarismo comunista, corrió otra noticia, ominosa noticia: los Estados Unidos, utilizando una pequeña parte del sofisticado armamento creado para enfrentar a la Unión Soviética, caían sobre un pequeño pueblo de América Latina, sobre Panamá. La guerra fría había terminado pero se iniciaba la generalización de la sucia.

2. Guerra sucia en la guerra fría

LA agresión estadounidense a Panamá fue una clara advertencia de que lo permitido por la Unión Soviética en la Europa del Este no sería permitido por los Estados Unidos ni en América Latina ni en ningún otro lugar bajo su hegemonía. Por encima de los intereses de esos pueblos estaba la seguridad del sistema que encabezaban los Estados Unidos y la salud e intereses de sus ciudadanos. Ni alteración del orden creado, ni drogas que lesionasen la salud de los ciudadanos del Primer Mundo. Las esperanzas de un mundo siempre defraudado pasaban al vacío. Ese orden para la humanidad al que se refería Víctor Hugo no estaba al alcance de pue-

blos que aún no habían justificado su propia humanidad. La misma Europa, eufórica por los sucesos de 1989, ya se preparaba también a levantar muros que impidiesen la entrada a gente ajena a un mundo que parecía la máxima expresión de lo humano. Muros de contención para no dejar entrar se levantaban en Europa sobre los muros para no dejar salir. En los cambios que se preparaban en Europa, los grandes perdedores serían los hombres del llamado Tercer Mundo. No podían ya contar ahora, en sus demandas, con los que fueran países socialistas. La guerra fría, al terminar, ponía fin a esta posibilidad.

En 1945, con el fin de la Segunda Guerra mundial, los pueblos bajo dependencia occidental esperaron alcanzar lo que en 1989 alcanzarían los pueblos bajo dependenciasoviética. En agosto de 1941, cuando la guerra parecía aún favorecer al totalitarismo, Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt se reunieron y en nombre del mundo libre dieron a conocer la Carta del Atlántico. Allí se ofrecieron libertades y un mejor modo de vida a los pueblos bajo su dependencia estimulando su lucha contra el totalitarismo. Al terminar la guerra en 1945 se redactó la Carta las Naciones Unidas y con ella se dio pie a la creación de un Organismo Mundial que garantizase la paz, la seguridad, salud y felicidad de todos los pueblos de la tierra. La guerra había terminado y la paz se perfilaba llena de promesas.

Sin embargo, en la misma constitución de la Organización de las Naciones Unidas se creaba el Consejo de Seguridad como ejecutor y con carácter permanente. Permanente para cinco potencias: los Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia, Inglaterra y China, todos ellos con capacidad de veto, al que no tendrían derecho los otros miembros circunstanciales del mismo. En realidad eran sólo dos potencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Las diferencias entre estas dos potencias se empezaron a poner de manifiesto y con ello se inició la guerra fría. Una organización mundial para la paz nacía así maniatada por los intereses de las potencias que buscarían en esa organización la justificación mundial de sus acciones y que luchaban fuera cuando esto no era posible.

Las potencias europeas que habían ofrecido la liberación de los pueblos bajo coloniaje empezaron a resistirse al cumplimiento de estas promesas. Como respuesta de los pueblos llamados del Tercer Mundo se dieron las guerras de liberación. Poco a poco, en Asia y África, la descolonización fue triunfando hasta tropezar con un nuevo obstáculo: los Estados Unidos enfrentados ya a la Unión So-

viética en la guerra fría. La descolonización debía impedirse porque ello originaría un "vacío de poder" que podría ser llenado por el comunismo. Los Estados Unidos, bajo la presidencia del general Dwight Eisenhower, reclamaron su necesidad de "ocupar los vacíos de poder" que Europa se había visto obligada a dejar en el mundo. La nación que en 1776 inició la primera revolución contra el coloniaje europeo frenaba ahora toda posible descolonización de otros pueblos en nombre de la seguridad del Mundo Libre. Así, las viejas demandas para la autodeterminación de los pueblos en Asia, África y América Latina fueron involucradas en la guerra fría. Demandas vistas como instrumento de la expansión comunista. Personas y pueblos que a lo largo de los últimos lustros venían reclamando el derecho de autodeterminación fueron calificados de comunistas.

Dentro de la guerra fría se empezó el uso de la guerra sucia; guerra represiva contra cualquier demanda que fuese contraria a los intereses del que se denominaba Mundo Libre. Guerra sucia que encontró su respuesta en el terrorismo indiscriminado. En la América Latina esta guerra alcanzó dimensiones horripilantes. Ejércitos que se suponía defenderían los intereses de sus pueblos, se transformaron en represores de los mismos. Guerra sucia la llamaron los represores, desatada a lo largo del subcontinente: Argentina, Uruguay y Chile. Brasil, Colombia, Venezuela y Centro América. Varios pueblos, para no verse obligados a aceptar la dependencia, se declararon comunistas y se incorporaron a la guerra fría, como Cuba y Nicaragua. Las guerras de liberación en Asia, África y América Latina buscaban el apoyo del otro continente de la guerra fría, el de los países socialistas. Los Estados Unidos, empeñados en ocupar el vacío de poder dejado por el colonialismo europeo, les llevaron a enredarse en conflictos como el de Vietnam. En el siglo XIX, la Doctrina Monroe, con el lema de "América para los americanos", para los estadounidenses, los llevó a ocupar en 1898 las últimas colonias de España en el Caribe y en el Pacífico. En 1945 la guerra fría les llevaría a ampliar la doctrina, con algo así como "El mundo para los estadounidenses".

1989 pareció cambiar la situación y con ella la justificación de la expansión estadounidense sobre los vacíos de poder dejados por Europa. El fin de la guerra fría tendría que ser, también, el fin de la guerra hecha en nombre de la seguridad del mundo llamado libre. Las demandas para hacer realidad el derecho de autodeterminación de los pueblos no podrían ya ser inscritas en la guerra entre

el capitalismo y el comunismo. Las metas del capitalismo eran también metas aceptables para todos los pueblos de la tierra. Éstos no querían para sí, nada que no quisiesen para los pueblos del llamado Primer Mundo: libertad para los individuos, derecho a la autodeterminación nacional y un modo de vida más digno.

3. Guerra fría y economía de mercado

HABÍA que crear condiciones dignas de vida material y cultural, auténticamente humanas, para todos los pueblos sin excepción. "En este terreno —decía Gorbachov— es donde nos proponemos emular al sistema capitalista, emulación en condiciones de vida que hagan posible una paz sólida". Algo válido no sólo para el mundo capitalista sino para el mundo socialista y los pueblos al margen de esos sistemas. Esta posibilidad la había venido impidiendo la guerra fría con la carrera armamentista que la misma implicaba. Salirse de la guerra fría era salirse de una política que imposibilitaba alcanzar condiciones de vida material y cultural más dignas. La economía de guerra debería ser sustituida por una economía de paz, una economía encaminada a satisfacer las necesidades domésticas de los individuos para elevar su calidad de vida. Capacidad para crear esos medios y capacidad para adquirirlos. Capacidad para fabricar y capacidad para consumir. A esta economía se le denominaría economía de libre mercado. Un neoliberalismo, pero para el cual deberían estar preparados los pueblos y los individuos, capacitados para crear y consumir. Ésta era la vuelta al pasado, a un modelo de economía y sociedad del que habían partido las críticas de Marx y Engels. Críticas que el fin de la guerra fría hacía aparecer como obsoletas.

¿Quiénes eran los que estaban mejor preparados para esa economía de mercado? Obviamente los que en lugar de haberse desgastado en una economía de guerra, la de la guerra fría, se hubiesen empeñado en crear una tecnología doméstica. Fuera de ella quedaban los pueblos del llamado Tercer Mundo, sólo exportadores de materias primas y trabajo servil, sin acceso al control del mercado que se deriva de esto. Pero también estaban fuera pueblos como la Unión Soviética y los de la Europa del Este, desgastados en la carrera armamentista, así como los propios Estados Unidos, que en esa economía de mercado estaban siendo superados por Europa

y, dentro de ella, por Alemania. Países que no habían tenido que desgastarse en la economía de guerra pues de ello se encargaban los Estados Unidos. Los Estados Unidos habían construido un fabuloso arsenal de sofisticado armamento que al terminar la guerra fría parecería obsoleto. Las dos grandes potencias rivales de la guerra fría eran superadas por pueblos que no habían tenido que empeñarse en esa carrera armamentista, así sucedió en Europa y también en Asia. Una economía impulsada por los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra: Japón y Alemania.

Un viejo sueño moderno, la comunidad europea, se haría realidad. Los sucesos de 1989, con liberación de la Europa del Este y la seguridad de que la Unión Soviética carecía de ambiciones imperiales, daban mayor fuerza a esta posibilidad. La integración económica, política y cultural de Europa era posible. Los soviéticos se retiraban a sus hogares y cuarteles, los estadounidenses harían lo mismo. En el otro extremo del mundo, en la Cuenca del Pacífico, se perfilaba otra comunidad de intereses bajo el impulso de Japón. Las armas ya no contaban; contaba la economía que ofrecía a los individuos y pueblos mejores modos de vida doméstica. Los Estados Unidos, en Europa y Asia, se veían obligados a replegarse con sus poderosas armas. Así se empezó a hablar en América de la posibilidad de otra comunidad continental que abarcase al Canadá, Estados Unidos y Latinoamérica. Los Estados Unidos se perfilaban como un extraordinario mercado para la economía doméstica que alcanzaba auge en Europa y Asia.

Esta economía, que el líder soviético había pensado para su pueblo, encontraría múltiples problemas para su logro. No se podía pasar de inmediato de una economía de guerra a una economía de mercado. Esto implicaba tener que hacer, previamente, extraordinarios sacrificios. De estos sacrificios ya sabían los pueblos marginales como los de América Latina, Asia y África. La Unión Soviética pronto empezó a sentir los efectos de su política liberalizadora. Por un lado un grave desabasto en el campo económico y por el otro la expresión anárquica de pueblos que no sabían nada de la vida democrática. Nacionalismos, fundamentalismos y desorden económico harían de la que fue gran potencia mundial una nación obligada a luchar para impedir su desestabilización, su descuartizamiento. Fuera de la Unión Soviética gente que había aplaudido la permitida liberación de la Europa del Este criticaba a la URSS por no permitir la desintegración de la nación soviética, aceptando las

demandas nacionalistas para hacer de la Unión Soviética un grupo de pequeñas naciones sin hueso y sin potencia internacional.

Las ya obsoletas tropas de la Unión Soviética regresaban a sus hogares para poner el orden en ellos. Las de los Estados Unidos, por un lado, esperaban la oportunidad para hacer necesario su armamento. Cómo usarlo se había hecho patente en Panamá. Tropas y armas para seguir guardando el orden y la seguridad del mundo libre. Terminaba la guerra fría, pero se agrandaba la guerra sucia. Los Estados Unidos, desplazados de la economía de mercado, mostraban que había que contar con ellos. Esto se hará patente en el Golfo Pérsico, un nervioso centro del Tercer Mundo, cuyo vacío de poder tenía que ser llenado plenamente.

4. Generalización de la guerra sucia

No hay economía de mercado sin la energía que la haga posible, y esta energía sigue siendo el petróleo. Fuente central de esta energía se encuentra en el Golfo Pérsico. Por su control se hizo guerra sucia a pueblos como el iraní que pretendió controlarla. Primero contra Muessadec, posteriormente contra el Ayatola Jomeini. Las potencias occidentales no titubearon en armar a una nación árabe como Irak para anular la resistencia iraní. Guerra sucia en la que se usó todo tipo de armamento. Así, sobre la región se alzó un poder militar creado con apoyo y anuencia de las mismas potencias occidentales para mantener el control de la preciada energía. Salvo que esta potencia así levantada necesitaba, también, sobrevivir para superar el desgaste sufrido en la larga guerra contra Irán. Había que elevar los precios de la inestimable energía. Y para su logro y adecuado control, Irak se anexa Kuwait, provincia que venía reclamando como propia Irak. Se alzó de inmediato la voz de los Estados Unidos: había que castigar e impedir esta agresión. Reclama acciones en las Naciones Unidas para condenar y castigar la agresión. Algo muy bueno, no hecho antes frente a otras agresiones, como la de Panamá y allí mismo nadie habló de castigar la intervención en Palestina. Había que hacer cumplir también las decisiones de las Naciones Unidas aunque fuese necesaria la fuerza. Aunque hubo otros desacatos como el que se hizo a la Corte Internacional de Justicia, que condenó a los Estados Unidos por agredir a Nicaragua; igual desacato a decisiones de las Naciones Unidas las hechas por Israel. Todo esto era posible porque se daba en otro con-

texto, roto el equilibrio que mantenían los puntos de vista de los Estados Unidos y la Unión Soviética esto había pasado a la historia. La Unión Soviética no estaba en aptitud de vetar las decisiones estadounidenses, teniendo, como tenía, que enfrentar graves problemas internos. La bipolaridad se había perdido; sólo una voluntad se imponía y polarizaba los Estados Unidos.

El poderoso ejército con un sofisticado armamento, levantado por los Estados Unidos en Europa para supuestamente impedir la posible agresión soviética, dejaba sus enclaves en Europa y se trasladaba al Golfo Pérsico. Los Estados Unidos, una vez más, con este ejército y su Poder Militar garantizarían al Mundo Libre la economía de mercado en la que ahora se empeñaba. Los Estados Unidos, que por levantar ese ejército habían quedado fuera de la economía de mercado, ponían ahora en la balanza de esa economía su poderosa espada inclinando la balanza de su lado. Los Estados Unidos se habían garantizado con su ejército y armas la seguridad de Europa y de todo el llamado Mundo Libre, frente a una posible agresión comunista; garantizaban, al mismo mundo, la seguridad de que el preciado líquido del que depende toda economía seguiría fluyendo sin obstáculo. Ahora frente a Irak, como ayer frente a Panamá y mañana frente a cualquier país que se atreviese a estorbar los intereses del llamado Mundo Libre. Los jubilosos gritos europeos pasaban a la historia. Europa perdía la iniciativa. Igual sucedía con la Cuenca del Pacífico. La renovada presencia hegemónica estadounidense mostraba su plenitud. Habrá que seguir contando con la protección de la potencia mejor armada de la tierra y de la historia. Después de todo, sería mejor tratar con los Estados Unidos que no con la difícil gente que se decía dueña de esa indispensable riqueza.

De este mundo homogéneo bajo los Estados Unidos habló el presidente de esa nación, George Bush: "Si los Estados Unidos asumen este liderazgo —dijo— es porque sólo ellos tienen tanto la estatura moral como los medios para sostenerla". Todo el poderío militar habrá de estar al servicio de la hegemonía mundial, pasando de la guerra fría a la sucia. Para ello el presidente Bush ha solicitado un presupuesto tan alto como el pensado por Reagan con la "guerra de las galaxias" frente a la Unión Soviética. Ahora no para pagar el costo de la guerra del Golfo: por ella pagarán los árabes que colaboran y los europeos y asiáticos que necesitan de la riqueza de la región, no ya para enfrentar a la Unión Soviética, sino para impedir que los pueblos englobados como Tercer Mundo pudiesen en peligro los intereses del primero. Richard Cheney, secre-

tario de Defensa de los Estados Unidos, expresó que su nación no pretendía ser policía del mundo, sino simplemente garantizar la estabilidad del mismo. Para ello "debemos conservar nuestro control sobre los océanos del mundo, mantener nuestros compromisos en Europa y el Pacífico, ser capaces de desplegar fuerzas, tanto en el suroeste asiático como en Panamá, para afrontar situaciones imprevisibles a fin de defender las vidas e intereses estadounidenses".

5. Por la razón del hombre

1989 pareció poner fin a la bipolaridad de sistemas que se disputaban la hegemonía mundial. Se hacía patente el predominio de un sistema al que todos los pueblos trataban de incorporarse, pero careciendo de instrumentos: el sistema liberal político y económico. La polarización se expresaría ahora dentro del propio sistema. Grupos de intereses dentro del mismo se aglutinaban entre sí. La Comunidad Europea, por un lado; por el otro, la Cuenca del Pacífico, encabezada por Japón, y como reacción la iniciativa estadounidense para crear una comunidad americana que integran Canadá, los Estados Unidos y la América Latina. Fuera de estos grupos, se esforzarían en participar la Unión Soviética, la Europa del Este, la América Latina y otros marginados del sistema.

En 1990 la polarización anunciada dentro del sistema liberal puesto en marcha sufrió un cambio ante la declaración estadounidense que hacía de su pueblo garante absoluto del sistema y del orden que de él se derivase. Esta decisión descansaba en la fuerza que le daban las armas construidas para preservar tal orden contra cualquier fuerza que pretendiese alterarla. Europa se repliega; igualmente los países de la Cuenca del Pacífico. La Unión Soviética quiere ser parte del sistema pero no en una relación de dependencia. Pese a sus problemas internos la Unión Soviética poseía un gran y poderoso arsenal para hacer valer sus intereses. Collin Powel, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas estadounidenses, declaró que "la Unión Soviética seguirá siendo el único país capaz de destruir a los Estados Unidos en menos de treinta minutos". Ominosos signos parecen anunciar la vuelta a la guerra fría en otro contexto.

La razón de un Estado que parece haber alcanzado su uniformidad en relación con la potencia que la garantiza, encarna, paradójicamente, en la institución creada en 1945 para garantizar la paz y las posibilidades de un mundo más justo, la Organización de las

Naciones Unidas. Razón de Estado total, totalitaria y por ello inapelable como nunca antes se había visto en la historia. Institución que ante actos punitivos semejantes decide cuál ha de ser ignorado y cuál sancionado, que ante desacatos a su autoridad decide cuál debe ser olvidado y cuál castigado. Y para hacer cumplir sus decisiones se autoriza el uso de la fuerza. Uso legal porque lo emite la institución como organismo mundial, aunque la forma y alcance de su uso queden a juicio de quien posee el instrumento represivo. Acciones realizadas en nombre de todos los miembros de la organización hecha para la paz, pero inapelables para estas mismas naciones. No se acumulan razones para una paz racional, sino armas que la impongan de acuerdo con una sola e inapelable razón. Y frente a esta ominosa razón de Estado la respuesta irracional de quienes la sufren, la otra cara de la guerra sucia, la violencia terrorista, indiscriminada, imprevista, incalculable llevando la zozobra y el pavor a hombres y pueblos.

Frente a esta aberración es que los hombres de razón, los intelectuales, han de luchar por hacer prevalecer la única posible: la propia del hombre. La del hombre concreto; la razón capaz de comprender y hacerse comprender y a través de esta comprensión hacer patente la igualdad que entre sí guardan todos los hombres de la tierra sin discriminación alguna. Igualdad en la ineludible desigualdad de los hombres entre sí como individuos concretos que son. Ineludible diversidad que al ser comprendida y respetada puede posibilitar la auténtica paz que ha de prevalecer entre los hombres.

Al terminar la Segunda Guerra mundial, por iniciativa de Umberto Campagnolo fue creada la Sociedad Europea de Cultura, formada por los más destacados representante de la inteligencia europea y de otras regiones de la tierra para garantizar la paz a partir de las razones del hombre. Frente a la razón de Estado, que justifica los intereses de quienes manipulan la razón misma del hombre; frente a una política represiva, la política de comprensión, que bautizó Campagnolo como "política de la cultura", se discutieron, en su momento, las razones sobre el uso de la fuerza atómica que en nombre de la paz castiga al hombre que ha de gozar de esa paz. Ahora el problema se plantea frente a otras razones que quieren justificar la represión, la guerra sucia, como justificaron antes la guerra caliente y la guerra fría.

La intelectualidad de nuestros días debe actuar nuevamente en relación con su propia y peculiar política de comprensión y no de manipulación. Los sucesos en Europa del Este en el pasado 1989

llevaron el júbilo a una inteligencia que de esta forma veía realizadas sus esperanzas. Los sucesos de ahora muestran que esa acción libertaria fue insuficiente; que para que la misma alcance su plena vigencia; ha de estar al alcance de todos los hombres y pueblos de la tierra. Que lo que la Europa del Este pareció alcanzar para sí es algo por lo que han venido luchando muchos otros pueblos de la tierra como aquél al que pertenezco. Lucha común y total por el logro de un auténtico mundo libre política, económica y culturalmente. La inteligencia europea, como la del resto del mundo, tiene ante sí la más extraordinaria de las tareas: imponer su razón, razón del hombre, sobre razones ajenas al hombre mismo.